TENGO ALGO QUE CONTARTE

Alberto Granero Leonardo

Image not found.

Capítulo 1

INTRODUCCIÓN

-Tengo algo que contarte -le dije a mi hijo un día, y así empezó todo. Cuando mis hijos eran pequeños solía contarles alguno de estos cuentos. Eran historias pobladas de seres fabulosos, traídos de los libros que yo había leído de pequeño, y donde sucedían aventuras sorprendentes en lugares remotos. Estas historias eran contadas, a veces de manera precipitada, mientras iba imaginando el argumento ante sus ansiosas miradas. Siempre se quedaban con ganas de escuchar más y yo disfrutaba mucho imaginando nuevas historias con que alimentar su fantasía.

Con el paso del tiempo he olvidado muchas de ellas. Mi mujer siempre me aconsejó escribirlas para que no se perdieran y yo debería haberle hecho caso. Ellos ahora ya no recuerdan estos cuentos que en su día les conté. Otros estímulos más modernos en forma de videojuegos reclamaron pronto su atención. Pero algo sí recuerdan de esos momentos, y es lo bien que lo pasaban escuchando esos cuentos.

Hoy, por fin, he decidido seguir aquel consejo y he reunido alguna de esas historias que inventé en forma de relatos breves. Algunas de esas historias las recuerdo todavía y otras las he tenido que reinventar partiendo de la idea que aún conservaba de ellas. Nuevas historias han surgido al calor de mi imaginación, y alguna es fruto del recuerdo de una anécdota que me contó mi padre.

Aunque surgieron como cuentos para niños, al escribirlas ahora que ya ha pasado cierto tiempo, han adquirido otra perspectiva. Ya no están dirigidas únicamente a un público infantil, sino que pueden ser leídas tanto por adultos como por niños. Hay relatos que conservan la fantasía propia del cuento infantil; pero otros son historias breves que pretenden sorprender al lector y hacerle partícipe de un acontecimiento inesperado. Una mezcla de ilusión, curiosidad y alguna que otra enseñanza, han ido tejiendo este libro de historias inventadas para entretener, despertar la fantasía y devolvernos la capacidad de soñar como cuando éramos niños.

Espero que el amable lector sea indulgente y aprecie el cariño con el que concebí esta pequeña obra. Porque, más allá de la escritura, está el deseo de avivar nuestra imaginación y dejarnos sorprender como cuando éramos niños. Quiero compartir estos relatos como se ha venido haciendo siempre. Los padres siempre han contado cuentos a sus hijos, y los abuelos a sus nietos. Mucho debemos agradecer a aquellas historias del pasado que nos han contado nuestros mayores. La cadena se va haciendo

cada vez más larga, y siempre hay alguien que tiene algo que contarte…

Copyright ©Alberto Granero Leonardo, 2016

Capítulo 2

INSISTENCIA

No fue buena idea salir a la calle aquel día con ese vendaval. Apenas pisé la acera, cuando el viento azotó mi cara con tal fuerza que tuve que cubrirme con la capucha. Como solía decir mi padre, era uno de esos días en los que uno tiene que meterse una piedra en cada bolsillo para no ser arrastrado y salir volando.

Llegué con gran esfuerzo a la tienda que hay al final de la calle y me alegré de entrar. Allí vi a otros vecinos que habían venido a comprar igual que yo o, tal vez, estaban solamente refugiándose del viento implacable.

-¡Vaya día de perros! Será mejor que vuelvas pronto a casa, muchacho –me dijo el dueño de la tienda-. Ya van tres las veces que han salido los bomberos por culpa de este maldito viento. Parte del tejado del caserón de la esquina se ha caído, y las cornisas de los viejos edificios son una amenaza en días como hoy. Sí, son una auténtica espada de Damocles.

-¿Habéis visto cómo ha quedado el árbol que había a la entrada del parque? –Preguntó un hombre que escuchaba la conversación-. Está abatido en el suelo, arrancado de cuajo.

-Ya os digo. Hoy es mejor quedarse en casa –repitió el tendero.

Asentí con la cabeza, compré dos cosas y salí de la tienda. Sin más dilación me fui camino a casa.

Los árboles de la acera se agitaban en una danza frenética inclinándose de tal modo que parecía que fueran a quebrarse. Allá veías a una madre agarrando a un niño de la mano temerosa de que este fuera a salir volando como una cometa. La gente en la calle buscaba el abrigo de la pared o alguna esquina mientras tomaban un respiro en el fatigoso camino a sus casas. Todo el mundo se apresuraba a llegar lo antes posible a su hogar, y yo también. El aire burlón jugaba a llevarse los pañuelos y gorros de los sufridos transeúntes. Resultaba inútil todo esfuerzo por recuperar la prenda robada por el viento, pues cuanto más corría el infeliz, más lo alejaba el aire.

El viento soplaba con tal fuerza que a menudo levantaba lo que hubiera en el suelo formando remolinos en la acera. Era como un río de aire por el cual navegaba yo contracorriente. Según bajaba la calle, sentí una llamada. Me di la vuelta; mas no había nadie. Pensé que había sido el sonido del viento y continué mi marcha. Pero al poco rato, volví a sentir

esa presencia que me llamaba. Aceleré el paso para llegar lo antes posible a mi casa.

Al doblar la esquina me tropecé con un remolino de aire que levantó del suelo gran cantidad de polvo, hojarasca y papeles. Uno de esos papeles se me pegó a la pierna. Lo quité y continué andando por la calle. Para asombro mío, ese papel empezó a rodar por la acera siguiéndome, o al menos eso me pareció. Me paré para ver si el papel se iba volando; pero este se quedó pegado a una farola que había a mi lado. Era una hoja sucia y arrugada, del tamaño de un folio aproximadamente. No parecía tener nada de particular aquel trozo de papel, e ignoro por qué me llamó tanto la atención. Durante unos instantes me quedé mirándolo. La mayor parte de él permanecía adherido a la farola, mientras que el viento levantaba las esquinas intentando llevarse su trofeo.

Allí dejé aquel trozo de papel pensando que era un estúpido por prestar atención a esa bobada. Sonaba en mis oídos el ulular incesante y el quejido de las copas de los árboles. No habría avanzado más de diez pasos, cuando el extraño papel apareció de nuevo. Impulsado por una mano invisible en forma de corriente de aire, sobrevoló mi cabeza y se plantó en mi cara. Sorprendido, lo aparté de la cara rápidamente y lo tiré al suelo.

-¡Maldita sea! –exclamé y eché a correr.

Lejos de quedarse allí, el misterioso trozo de papel, sucio y arrugado, medio roto por el viento, continuó persiguiéndome con tenaz insistencia. Intenté alejarme de él y corrí calle abajo todo lo más rápido que pude. Pero el papel volaba tras de mí sin perder mi rastro, me seguía arriba y abajo para darme alcance. Si yo torcía para tomar otra calle, él giraba también. Con cada remolino de aire, con cada soplo de viento, el pertinaz papel ganaba terreno. Yo corrí más y me volví para ver cómo me iba alcanzando a cada paso. Sobre el fondo de la calle se dibujaba la silueta blanca de aquel papel avanzando como un fantasma. Parecía una locura; pero de alguna manera ese pedazo de folio tenía voluntad propia y un claro objetivo: yo.

No podía comprender el motivo por el cual un papel me estuviera persiguiendo de esta manera. Quizás el viento se había metido en mi cabeza volviéndome loco de remate. Probablemente, todo esto no estaba sucediendo en realidad, y era una alucinación de mi mente. Deseaba despertar de esta pesadilla de una vez. Al día siguiente seguro que me reiría de todo esto.

Mis pensamientos se desvanecieron de pronto al notar cómo el papel me alcanzaba por fin y se subía en mi hombro izquierdo. No podía aguantar

más la pesadez de aquel maldito papel.

-¡Déjame en paz de una dichosa vez! –grité y arrojé el papel al suelo.

Ya había llegado a la plazoleta cercana a mi casa. Había un colegio y al lado un edificio en obras. Los columpios del patio del colegio se mecían impulsados por el viento, como si niños invisibles estuvieran jugando allí. Caminé por la acera delante del colegio y dejé atrás los andamios del edificio en obras. En ese momento, un camión pasó a mi lado y pegado a su costado iba el papel como un sabueso tras la presa. El camión giró al salir de la rotonda y el papel salió disparado hacia mi cara.

Agarré el papel con ambas manos y ya estaba a punto de romperlo en mil pedazos cuando algo me hizo detenerme. De pronto, me fijé en unas letras que había escritas en él y que hasta ahora no había reparado en ellas. Estiré bien el papel para poder leerlas y ante mis asombrados ojos apareció una palabra.

-¡Gírate! –leí en voz baja.

Instintivamente, sin saber bien el porqué, me giré justo a tiempo de ver cómo el andamio de la obra que tenía a mi espalda se tambaleaba por el viento. Una pesada viga de madera que había encima del andamio se desprendió apuntando directamente a mi cabeza. Todo ocurrió muy deprisa, y apenas tuve el tiempo suficiente para echarme a un lado mientras aquel madero se estrellaba contra el suelo.

Me había salvado milagrosamente. De no haber sido por la insistencia de aquel extraño papel, ahora estaría muerto o gravemente herido. Me fui de ese lugar con el susto todavía metido en el cuerpo. Y mientras andaba miré al papel que se alejaba revoloteando a merced del viento. Ya no lo veía como un fantasma, ni como una amenaza, sino todo lo contrario. Ese papel era mi salvador y yo estaba sorprendido y agradecido a la vez. Puede que fuese cosa de mi imaginación; pero me pareció distinguir en la forma de ese folio de papel las alas de un ángel.

Copyright ©Alberto Granero Leonardo, 2016